

Vigésimo tercer domingo del tiempo ordinario

Es evidente que el tema central en la liturgia de este domingo es la necesidad de corregir al hermano como requisito necesario para la buena convivencia dentro de la comunidad de fe y para la propia salvación.

Este tema lo encontramos ya desde la primera lectura de Ezequiel, quien, con un curioso parangón, describe la misión del profeta como la de un centinela.

El profeta debe observar más allá de sí mismo, debe espiar el horizonte de la historia descubriendo signos escondidos, las pistas misericordiosas de Dios; debe descubrir y distinguir entre los amaneceres de la vida y los atardeceres de la muerte para luego comunicarlas a la ciudad y a la comunidad de Israel.

Su responsabilidad es ciertamente fundamental; su inercia y sus misiones son catastróficas para la ciudad entera. Sin embargo, su responsabilidad termina cuando los ciudadanos, en su libertad, deciden qué hacer y que pueden permanecer indiferentes o incluso ser hostiles a la fastidiosa alarma del profeta. Así describía Oseas la misión que él había recibido, como “*soplar la trompeta*” (Os 8,1). Es, por tanto, una misión a cumplir en primera línea, con riesgos pero también con un compromiso extraordinario porque tiene que ver con el destino de muchos.

La misma responsabilidad del profeta es aplicada hoy a la comunidad de discípulos de Jesús. Mateo, en el capítulo 18 de su evangelio, ha recogido el cuarto de los discursos de Jesús que constituyen casi la columna de su evangelio. Esta página, que ha sido llamada también la comunidad cristiana o el discurso eclesial, pone mucha atención en definir la vida, el comportamiento, y el gobierno de la iglesia; y una de las cuestiones afrontadas con particular calor, es precisamente el de la corrección fraterna, que en un cierto sentido es la misión del centinela con relación a los peligros que el hermano pueda correr. Se trata de un acto muy delicado y difícil, es por ello que Mateo, basándose incluso en la experiencia de su iglesia, organiza las palabras de Jesús una precisa gradualidad.

El primer nivel es el del “*secreto*”, el dialogo personal de hecho, establece una intimidad que permite liberarse de las incomprendiones y de respetar mejor la dignidad y el honor del hermano.

Sin embargo a veces, se vuelve necesario recurrir a un segundo nivel, y es el de los “*testigos*”; es decir, involucrando a una persona que participe de la misma fe y de las mismas exigencias de caridad, se puede incidir eficazmente en el mal que está afectando a un hermano.

Habr  ocasiones en que la situación puede ser mucho más grave, marcada por una especie de optimación hacia el mal; es entonces, cuando como un remedio extremo el tercer nivel se vuelve necesario, que es el de la participación de la entera asamblea eclesial para resolver el problema que está afectando a un hermano. La asamblea sin juzgar debe discutir el caso buscando descubrir los medios adecuados para ayudarle a un hermano pecador.

San Pablo en la Carta de los Corintios ofrece un ejemplo muy iluminador de esta práctica aplicando estos niveles en un caso de incesto (1Cor 5). Solo frente a una indiferencia orgullosa, arrogante, y al rechazo total surge la “*excomunión*”, la cual consiste en el reconocimiento de que el hermano pecador se ha puesto libremente fuera de los horizontes de la comunidad.

Ser centinela, practicar la corrección fraterna, es un arte que requiere mucha humildad, amor auténtico, sensibilidad humana e interior. La finalidad última, de hecho, no es la de juzgar, o de condenar, sino la de **salvar**.

Es por eso que la corrección fraterna puede transformarse en un especie de Boomerang “si uno quiere practicarla desde la hipocresía, crítica o incluso desde un sutil auto complacimiento, desde la rígida o burocrática administración de un juicio. Desde este punto de vista es celebre la frase de Cristo: “*no juzguen y no serán juzgados*”.

Cuando los obstinamos a corregir un hermano dice San Francisco de Sales, escribamos antes sobre una hoja y repit monos muchas veces estas dos frases bíblicas: “*el señor no se complace con la muerte del pecador si no que desista de su mala conducta y viva*” Ez 18, 23. “*Porque observas la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga que tienes en el tuyo ¡hipócrita! Quita primero la biga de tu ojo y luego podrás ver bien la paja de tu hermano*” (Mt. 3, 5).